

Luis Alberto Sánchez

## Un clérigo de Córdoba escribió cierto día...

En un reciente libro mío sobre «Garcilaso Inca de la Vega», aparece una dedicatoria que dice: «En el IV Centenario de la muerte del Inca Garcilaso;—Al Cuzco, su cuna;—a los cholos de mi tierra, sus hermanos y los míos.—L. A. S.». En el exergo de esta semblanza, repito el mismo ofertorio: «Al Cuzco;—a los cholos de mi tierra, sus hermanos y los míos».—L. A. S.

1. Un clérigo pasa...—Córdoba se doblega bajo el azote del sopor. Ahí donde ayer era todo bullicio, algazara, disputa febril y herejía fecunda, deambulan calesines verdes, murria gris, estolas blancas, tristeza negra. Y un hombre enteco, de perfil aquilino, sombreado el labio carnoso por mostacho leve, canoso y austero, rasgado el ojo, amarcigada la tez, pasa, gravemente, camino de la Catedral a su morada. Por la apariencia es hombre acomodado, y devoto. Y pagano, no obstante la sotana. Ya los chicos le conocen, porque le saludan y, luego, a sus espaldas, le señalan con

dedo irrespetuoso. Las viejucas, que en todas partes son iguales, encorvan más aun el lomo para sentir la primacía del viandante. Y él las mira sin ver, porque en ese instante llegó, de cualquier rumbo, una avecilla a cobijarse bajo un alero, y parece que un extraño sentimiento — nostalgia o remordimiento — aprieta el corazón y alentiza el andar del clérigo.

Después prosigue. En seguida entra en su casa, donde lo reciben una chiquilla que le besa la mano y un hombre entrado en edad. Por el gesto no son familiares, sino criados. El hombre de la sotana sigue adelante y se pierde por la cancela. Pero, antes de entrar definitivamente, vuelve a mirar el alero, pestañea un instante, y se da prisa en meterse entre sus sombras.

—Don Gómez Suárez de Figueroa anda mohino esta mañana...

—No le digáis así, que él se llena de orgullo cuando le llaman como le bautizaron en su tierra: Garcilaso Inca de la Vega...

—Será porque le confunden con su tío el poeta...

—¿Y qué más da si éste también guerreó a órdenes de don Juan de Austria, y tiene cicatrices y recuerdos que hoy olvida entre rezos y turibulos?...

—Ta, ta... «Moro viejo no puede ser buen cristiano».

—Por lo menos lo parece, señor fizgón...

Rinconete da un traspies y se pierde por una callejuela. El Buscón se lo queda mirando al socaire,

silba un aire gimiente que huele a moreiro, y se mete también por una encrucijada...

2. Un clérigo añora su patria. — Comienza el 1600. Garcilaso Inca de la Vega tira el sombrero picudo y se hunde en una butaca. Frente a sí, sobre la mesa, hay un mortero para moler pólvora, y un aparato para fabricar perdigones: a la vera de un Cristo de marfil y de un breviario. De la pared tetera penden un alfange, un óleo de María Santísima, un arcabuz y dos crucifijos más. Sobre las mesas, libros. Soledad en todo lo demás. Y sin embargo, ya le circunda la fama. Ya se conocen sus proezas intelectuales y guerreras. Ya se sabe que su versión de «Los Diálogos del Amor», de Abarbanel, llamado León el hebreo, no tienen comparación con ninguna otra, y hasta se miden con el original mismo. Pero no es lo que le preocupa. La mano fina, que parece no haber empuñado una tizona, agita una campanilla de plata. — «Que vayan a buscar al Capitán señor Gonzalo Silvestre...».

... Helo aquí. Gonzalo es sexagenario ya; según su apariencia, pero tiene más años que apariencias. El Inca tampoco es joven, pese a su desenvoltura. El 12 de abril de ese año cumplió cincuenta y seis años. Y, algo más, algo que le muerde el corazón con cruel dentellada inacabable: cumplió veinticuatro de voluntario destierro. ¿Voluntario? Quien sabe... Partió de España en busca de reivindicación de sus títulos paternos y de las tierras maternas. Ay: como le ahoga el re-

cuerto de la madre, la añoranza terrible del Cuzco donde naciera, allá, en 1539, cuando todavía corría la sangre de los de Almagro, cuando el Marqués Pizarro sentíase dueño del Perú, cuando su padre, el capitán Garcilaso, no sabía a qué carta quedarse en el terrible juego de la Conquista... Y la princesa real, Isabel Chimpu Ocllo, nieta de Tupac Inca Yupanqui, grande entre las grandes, trataba de adiestrar a su hijo—más tarde, cuando ya habían rodado las cabezas de Pizarro y de Almagro el Mozo, de Gonzalo y del Demonio de los Andes—en el difícil manejo de los quipus, para trasladar a «ñudos», como decía el ayo Juan de Alcoabaza despectivamente, los fastos del Imperio Incaico. Los dos tíos maternos, nobles guerreros caducos, Chauca Rimachi y Juan Pechuta, amenizaban las noches con tradiciones del viejo tiempo. «Has de saber, hijo mío, que Manco Capac...». Ay... nieto de emperadores, ahí, hundido en la butaca, como un hidalguelo cualquiera... Y esos tíos maternos, esos abuelos: el poeta Garcilaso, el Marqués de Santillana, Jorge Manrique... Y los otros: el Marqués de Priego, y el noble Alonso de Vargas... Y su protector y amigo, el bastardo real don Juan de Austria... Y sus esperanzas fallidas, por culpa de un caballero, de un cagatintas, de un hepático señor del consejo de Indias...

—Que hagan venir a Gonzalo Silvestre...

Luego ambos se juntan a narrarse recuerdos, tradiciones. Gonzalo, que ha sido compañero de Hernando

de Soto en la conquista de La Florida tiene un manojo de evocaciones. Garcilaso le escucha. El viejo ata anécdotas y anécdotas. Al cabo, el Inca le dice, sorprendiéndole con la noticia:

—Tengo casi compuesto un libro con vuestras memoranzas, don Gonzalo. Téngolo escrito, «con mi seco estilo más con la flor de España»...

Pero el libro tarda. Tarda mucho. Sólo en 1605 aparece. Ese mismo año, cierto Miguel de Cervantes Saavedra lanza un volumen titulado «Aventuras del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha». Garcilaso lo leyó embelesado. Ese mismo año llegaban al Perú ochenta ejemplares de la primera edición del Quijote. Garcilaso, que lo supo por cartas de sus antiguos compañeros de la infancia, se rascó la barba pensativo, midiendo la popularidad de «La Florida» con la del hidalgo cervantesco. Pero acabó su murria, poniéndose a zurcir otros recuerdos. Estos le fluían del corazón, no de la fantasía. Brotaban del Cuzco. Eran el alma misma de su raza.

3. El mestizo relata sus recuerdos.— Cuando le enrostraron su origen meztizo, allá en el Consejo de Indias, Garcilaso tuvo un desengaño terrible. Pero reaccionó. El era mestizo, sin duda, mestizo de princesa imperial, con sangre de reyes en las venas. ¿Cuál de sus detractores podía jactarse de tanto? Después de largos años de olvido, o, al menos, de atenuado recuerdo, Garcilaso Inca sintió el aletazo ardiente de su avatar. Y surgieron en su ima-

ginación, acunándose en su corazón, los recuerdos más tiernos. Las protestas más encendidas. Los testimonios más exactos. Recordó. Recordó mucho, tal vez sí demasiado... Recordó por ejemplo, como llamaban, por apodo, a su padre: «el leal de tres horas», a causa de sus continuas deserciones; la angustia terrible cuando las tropas de Bachicao cañonearon su casa en el Cuzco, y el estupor de la mañana en que vieron entrar triunfante a Gonzalo, teniendo a su lado al capitán Garcilaso, su enemigo de meses antes. Recordó las glorias de Juan Pechuta sobre las glorias de su linaje quechua. La dramática hora en que el capitán Garcilaso se ausentó del hogar de Isabel Chimpu Ocllo, y dejándola con sus dos hijos, pidió la mano de una española a cuya casa llevó al mestizo, ya arrogante y ladino. (Y una congoja terrible asaeteó el alma del Inca evocando su debilidad, acaso su traición). Recordó cuantas cosas más. A Palla doña Isabel recogida en su casa, escuchando a sus parientes, dejada ya de mano del conquistador que ambicionaba mayor lustre para su linaje. Y, luego, ese día inolvidable en que el licenciado Polo de Ondegardo le tomó de la mano y le llevó ante una docena de bultos enormes que, luego, desatara en su presencia: las momias de los Incas, sus antepasados... Y, en seguida, el viaje a Lima, cuyas amplias y terrosas azoteas contrastaban con las enjutas y pedregosas callejas del Cuzco. Y el atravesar el arenal de Ica, antes de arribar a Los Reyes. Y los viñedos reilones de Ica y Pisco. Y la carroña del

Demonio de los Andes, hedienda y fantasmal, exhibida a retazos en los caminos, como baldón de rebeldes. Y las conversaciones entre mestizos, en el colegio del Cuzco, con el canónigo Cuellar, latinista discutible, pero osado sin disputa...

No basta la gloria de «La Florida». No es suficiente el ditirambo a sus excelsitudes de estilista. Ahora ha menester de títulos más sólidos. Por ejemplo, a revivir toda su historia materna para echársela en cara a los que lo tuvieron a menos por ser de sangre india. No es todo lucir el jactancioso título «Inca» como reto, entre su nombre hispano. No es todo. No es nada. Antes bien, hay que apuntalar aquella ufanía con hechos concretos. Y reuniendo sus recuerdos, y los relatos del P. Blas Valera, mestizo como él, y las memoranzas de Juan Pechuta, y las cartas de Hualpa Inca, y lo que le refiere el hijo de su ex ayo, Alcobaza, y lo que le pintan sus visitantes indianos, Garcilaso Inca de la Vega o Gómez Suárez de Figueroa emprende la tarea de escribir la «Primera parte de los Comentarios Reales de los Incas», pedestal de su fama, desfogue de su angustia, válvula de su dolor, portavoz de su protesta, alarido y queja, grito y gemido, expresión humana quintaesenciada en prosa cernida y vigorosa, de esas que encallan en las encantadas costas de un estilo azotado por poderosas olas de pasión y ternura.

4. Sol de media noche.—Garcilaso ha cumplido 69 años, víspera de la terrible setentena. Sus

manos acarician con deleite—y algún temor—el hermoso volumen de la «Primera parte de los comentarios reales». Al instante cunde su fama, en aquel 1608. Los cronistas de Indias no tenían esa expresión viviente. Parecían doctores. Mientras que este vástago de princesa y conquistador habla como quien cuenta sus propias aventuras, sus propias malaventuras. El ambiente de peruleros e indianos se alborota. Tras América se van las ansias y ambiciones de Cervantes y Lope que antaño solicitaran puestos en tan remoto continente. Y este libro prodigioso acentúa el anhelo de conocer aquel mundo ignorado.

Garcilaso Inca, en su rincón de Córdoba, acaricia sus sueños, y concibe el propósito de proseguir sus relatos. Ya no será la elegía melancólica y orgullosa de la «Primera parte». Tiene ahora que relatar lo que él viera, con sus propios ojos, en el Cuzco, cuando era niño, y adolescente, y joven. Cuando empezaba a apuntar ese bozo que hoy ya es marchito resabio de un bizarro mostacho militar...

Llega tarde la gloria, como siempre. Pero es tanta la fuerza del rencor que, vaciado ya su espíritu de ternuras en su libro primero, él lo sostiene para abordar la acritud de la Segunda Parte.

Trabaja sin descanso, mejor dicho con los inevitables descansos de sus setenta y tantos años, en este nuevo libro. No puede dejar en olvido la insolencia de «El Palentino», cuya crónica pone tan de vuelta y media el prestigio de su padre. Pero, en medio de su

ardentía, le gana nuevamente la añoranza del Cuzco. ¿Cómo no tener grabada en la memoria aquella noche tremenda en que el rebelde Hernández Girón se presentó en un matrimonio suntuoso cuzqueño y apresó al gobernador? ¿Y cómo no sonreír ante la imagen de cómo, en medio de la noche, el adolescente Garcilaso Inca, a la sazón de unos trece años, precedía a un grupo de bien armados caballeros—entre ellos su padre—que escapaban, como gatos, por los tejados del Cuzco, para huir de la venganza de Girón? ¿Y cuándo lo dejaron solo a él, chiquillo turbulento, en medio de los enemigos, junto a la pobre Palla doña Isabel, que tenía anudados al cuello los bracitos de la otra hija del veleidoso capitán, descendiente de Garcilaso el bucólico y de Jorge Manrique, el elegíaco?

6. Sol de los muertos.—Pero la muerte vino antes, en 1616—murieron al par Cervantes y Shakespeare—un año antes de que apareciera la «Segunda Parte de los Comentarios Reales».

Sin hijos, sin mujer conocida, con esclavas a una de cuales mimaba con sospechosa ternura, —y las manumitió a todas en su testamento—con criados que eran como amigos íntimos, se fué de la vida en su amada Córdoba, el cuzqueño Garcilaso Inca de la Vega, después de una laboriosa tarea del escribano, Fernández de Córdoba, quien hubo de acudir cuatro días consecutivos a escuchar al moribundo en su testamento y sus repetidos codicilos.

El 22 de abril murió el Inca.

Como él dispuso, fué enterrado en la capilla dotada por su tío Alonso de Vargas, y pusieron un epitafio que él mismo quiso, en el cual se evoca el nombre de Palla doña Isabel, y la ilegitimidad de su nacimiento.

Casi doscientos años después, a medida que las ediciones de los «Comentarios Reales» circulaba más levantando oleadas de orgullo entre los mestizos indios, crecía el fermento de rebeldía entre los descendientes de Manco Capac.

Cuando en 1780 estalló la insurrección de Tupac Amaru y, conjuntamente, la de los comuneros de Nueva Granada, el Rey de España oyó hablar con acritud de un cierto libro peligroso y levantisco: «Los Comentarios Reales» del Inca Garcilaso. Era ministro entonces el frío y cruel José Gálvez. Carlos, el liberalismo, hubo de firmar, empero, la Real Cédula que en 1782, mandaba prohibir la lectura y circulación de esa obra nefanda. Glorificación póstuma y a contrapelo; de todos modos, sol de los muertos. «Tanto pueden, Garcilaso—terminaré repitiéndome a mí mismo—tanto pueden la nostalgia y el rencor».

#### IV Centenario del Inca.

Destierro. Santiago, 23 de marzo de 1939.